

## V

DISCURSO DEL SR. LEVILLIER  
AL TOMAR POSESIÓN DE LA PLAZA DE CORRESPONDIENTE

SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORES ACADÉMICOS:

Ante todo, mi más rendida gratitud por el honor con que me habéis colmado al discernirme el premio de la Fiesta de la Raza, y designarme correspondiente vuestro. Esta distinción insigne sólo puede retribuirse con acción intensa y continuada, con toda la acción de que se sienta capaz, quien, como yo, sabe valorar el aprecio de esta Corporación ilustre y prestigiosa; aprecio tan gentilmente expresado en la bienvenida que acabo de recibir de vuestro dignísimo Presidente, mi querido amigo el marqués de Laurencín.

Es vuestro acto de esencia noble y de tal significación, que pasa por encima de mis débiles merecimientos para robustecer la obra igualmente noble iniciada por la Comisión de altos intelectos que dirigen la Biblioteca del Congreso Argentino. Yo sólo he sido y soy el arquitecto encargado de comenzar una parte de la erección del monumental palacio en que han de ir inscribiéndose los hechos y alojándose esas figuras poco conocidas, y, sin embargo, incalificables por lo grandiosas que fueron en América, vuestros hijos, señores, y que son los padres de nuestras nacionalidades.

Me conmueve, a veces, pensando en la magnitud de la obra consumada por España en América; la idea del esfuerzo que muchas generaciones futuras habrán de realizar para reconstituirla en forma tal que parezca ante los ojos del mundo en toda su justa magnificencia.

Y esa obra surge ante mi imaginación como la mole armónica de una catedral. De ahí que me sonría, cuando ante el luminoso y perdurable edificio que vislumbro, oiga reparos mez-

quinos de espíritus escépticos o incomprensivos, más dignos de lástima que de menosprecio. Además ellos no hacen sino más que perpetuar la rutina de los que se oponen por principio; rutina baja, pero benéfica, ya que algún incentivo encuentra siempre el idealista en vencer la resistencia opaca de fuerzas contrarias.

Y no sólo niegan la utilidad de la obra, sino que vilipendian la Historia que ella se propone reconstruir. En América, como en España, muchos hablan de errores de nuestro pasado común, desconociendo los errores como los aciertos; y ¿cómo no los habían de ignorar, si la Historia de América queda por escribir, y antes de escribir, por recomponer, trozo por trozo? No existe una Historia de América en el presente ni en el pasado que merezca del nombre de tal. Repletos están los Archivos de documentos nunca utilizados. ¿En qué han podido fundar su juicio los censores que han ennegrecido la más brillante epopeya, y los que hoy repiten frases ajenas? Si es en la Legislación, sólo les queda admirar los sentimientos de orden, de humanidad y de nobleza que la inspiró; si es en los hechos, no falta documentación capaz de reconstituirlós, pero está en su mayor parte inédita; si es en la Literatura de siglos transcurridos, son pocas las obras, y siempre de carácter narrativo, sin pruebas en apoyo, cuando no perturbadas por algún fin partidista o alguna pasión; si es en la Administración económica, fundados estarán los cargos, pero debe recordarse que los descubrimientos de los errores son fáciles luego de haber avanzado los principios, y si es en la magnitud de la epopeya conquistadora, en la enorme superficie continental que cubrió con sus hazañas y en los frutos esplendentes que dió, puedo afirmar que ni Grecia, ni Roma, ni la misma España, dentro de Europa, sufren comparación en su obra de conquista y de civilización, con la que realizó España en América.

Yo no busco, señores, en este ambiente de alta y serena meditación, efectos oratorios, ni desearía proporcionar una complacencia que se atribuyera a amabilidad, y no a una convicción que fundo en años de estudio, y que espero ha de corroborar el porvenir, si bien hoy aún ha de parecer a muchos temerario. Es difícil librarse de los prejuicios heredados y transmitidos du-

rante siglos; es poca mi voz sumada a algunas más, para destruir tantas injustas acusaciones lanzadas sin revisión de hechos y examen de causas y consecuencias por la ignorancia, la envidia, la desidia y la maldad; y es demasiado grande el desnivel entre lo que trae el recuerdo y lo que la realidad del documento nos enseña, para que el espíritu desprevenido acepte sin vacilar la verdad nueva.

La catedral, la veo, como si ya existiera. Una a una voy descubriendo las piedras que la han de formar, en la cantera de glorias comunes, en Sevilla, antes de que el conjunto adquiriera esa armonía majestuosa que ha de aureolar a la nueva Santiago, tallada con médula, cariño y labor de veinte pueblos reconocidos a la vieja y caballescica España.

Es esta Casa el taller principal en que se irá labrando la tan justa y largamente esperada obra, y mi regocijo es grande al comprobar que, no contenta con asociar individuos a sus trabajos, acaba la Academia de dar una noble norma de solidaridad, vinculándose estrechamente a aquellas instituciones que, como la junta de Historia y Numismática de Buenos Aires, y otras de América, dedican sus energías al mismo ideal que ella tan generosamente persigue.

La Historia nos unió en el origen de nuestra existencia; depende de nosotros que vuelva a unirnos en el presente. La catedral, símbolo edificante, será templo en uso y no sepulcro, vida y no muerte, comienzo y no fin; y ella no ha de servirnos sólo para honrar al pasado, sino para darnos el ejemplo de una armonía tan perfecta, que no sufra interrupción alguna en el porvenir, en la relación afectuosa de nuestros pueblos.

Señores: al hacerme cargo del sitio que habéis tenido la gentileza de acordarme y que no merezco, os declaro al expresaros nuevamente mi más profunda gratitud, que tengo a gran honra hallarme entre vosotros, y que encontraréis en mí, el más decidido colaborador en las altas especulaciones que son la noble razón de ser de esta ilustre casa.

Madrid, 15 de Octubre de 1920.

ROBERTO LEVILLIER